

Los uniformes y las banderas de la Brigadas Internacionales adolecían de la reglamentación propia de un ejército al uso.

A la República le resultaba difícil uniformar regularmente a las tropas que se iban incorporando al esfuerzo de su defensa.

En un principio, los milicianos usaron ropas civiles y de trabajo, monos azules, alpargatas..., lo que hubiera disponible. Lo importante era tener armas y, por supuesto, que se reconociera la adscripción política de cada grupo mediante brazaletes, gorros e insignias alusivos.

Conforme fueron pasando los primeros meses, se vio la necesidad de organizar este ejército improvisado, militarizándolo, uniformándolo y equipándolo como correspondía a un auténtico ejército regular.

El Ejército Popular de la República aprovechó la llegada de material bélico extranjero para equiparse y las fábricas textiles de su territorio para uniformar convenientemente a sus tropas.

Las Brigadas Internacionales suplían la falta de medios con un enorme entusiasmo.

La necesidad de un adiestramiento se fue solventando con la creación de bases para organizar y entrenar a los soldados, como en la base albaceteña donde se fueron reuniendo a los internacionales. Sin embargo, la urgencia bélica hizo que, en muchas ocasiones, se mandara a los soldados al frente con un mínimo equipamiento, tanto en lo que se refiere a armamento como a los uniformes, y lo mismo sucedió con estos voluntarios.

Los internacionales fueron los soldados con el aspecto más peculiar de cuantos combatientes hubo en España en esos años, a excepción de los voluntarios fascistas extranjeros, que también tenían uniformes propios con características especiales, tanto de su origen nacional como hechos en España.

Al provenir de muchos países, la diversidad de ropas y materiales era enorme.

Cuando los voluntarios venían a España, eran conscientes de las carencias materiales de la República, por lo que, siempre que les fue posible, trajeron material propio de sus países de origen.

Por ello, se veían voluntarios italianos del «Batallón de la Muerte» con uniformes de aspecto fascista, guerreras abiertas, jerséis negros, grandes boinas, botas cortas muy elegantes, daga al cinto e insignias con la calavera. Los italianos iban muy bien uniformados, con vestimentas hechas por encargo. Sus contrapartes fascistas también iban con corbatas y plumeros al frente.



Los franceses trajeron equipamientos de su ejército, de los años veinte y treinta: guerreras y pantalones marrones, boinas tradicionales francesas negras (más pequeñas que las de los italianos), fusiles Lebel y correajes reglamentarios de L'Armée de Terre.

La inspiración soviética obviamente no podía faltar. Las insignias de tres puntas de las Brigadas Internacionales se usaban indistintamente con las rojas de cinco puntas del Ejército Popular de la República. La mayoría de los pilotos y tanquistas soviéticos traían sus propios monos de vuelo y de campaña, así como las cazadoras y abrigos de cuero característicos de los carristas y sus grandes botas.

Esta inspiración en los revolucionarios rusos también se notó en la indumentaria de internacionales como la «Columna Fantasma» de Uribarri, así como en la elección personal de muchos soldados.

Los norteamericanos vinieron, asimismo, tirando de excedentes del Ejército de los Estados Unidos (U.S. Army), tanto en el caso de sus vestiduras y correajes como en el del armamento. Eran muy características sus camisas militares azules (no confundir con las de los falangistas), junto con los pantalones bombachos y correajes de tela que completaban su aspecto general.

Los cascos eran muy diversos, como en el resto del ejército republicano. Sobre todo se usaría el casco Adrián, que aún sobreviviría hasta la Segunda Guerra Mundial procedente de la Francia de la Gran Guerra, así como el Trubia español, algunos checos, etcétera.

Los voluntarios del Este también trajeron grandes abrigos polacos. Era popular el uso de chalecos-tabardo como los utilizados por los británicos en la Primera Guerra Mundial.

A veces los voluntarios procedentes de Gran Bretaña, sobre sus cazadoras (muchas de ellas de cuero), llevaban su bandera nacional.

Muchísimas prendas eran de origen civil, lo que resultaba chocante y muchas veces parecían simples ciudadanos armados con fusiles y cartucheras.

El uniforme del EPR también llegaría a muchas unidades. A veces no resultaba fácil distinguir a un soldado internacional de otro que no lo fuera por el uniforme, pero sí por su aspecto físico, que era claramente extranjero.

Las insignias eran muy diversas y aunque las divisas militares republicanas eran las de uso oficial, algunos internacionales, como buenos revolucionarios, eran muy reacios tanto a su uso como a obedecer a los mandos y a la disciplina.



Al principio de la guerra, los voluntarios internacionales escogieron a sus propios oficiales. En la medida en que se fue militarizando a las milicias y convirtiendo a las columnas en Brigadas Mixtas, las Brigadas Internacionales también fueron experimentando esta transformación.

Unidades auxiliares como los camilleros escoceses (que llevaban un uniforme totalmente británico) o los sanitarios del Banco de Sangre canadiense no pertenecían a ninguna brigada en concreto, sino que eran adscritos a las mismas en función de las necesidades de guerra.

En cuanto a las banderas, podríamos decir que aunque como Brigadas pertenecientes al Ejército Popular Republicano tenían sus propias enseñas oficiales, con su característica utilización de números romanos para distinguirlas del resto, usaban también una miríada de guiones, banderolas, distintivos y banderines más propios de una colorida manifestación política que de un ejército.

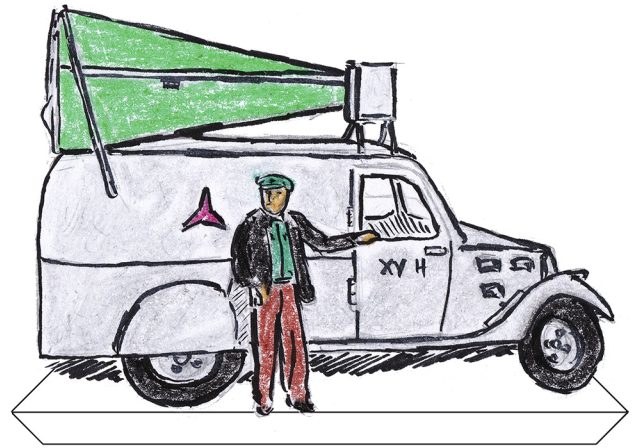
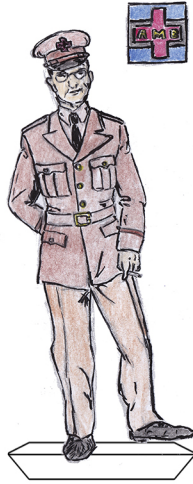
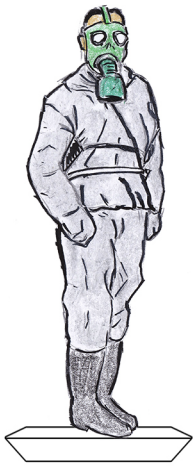
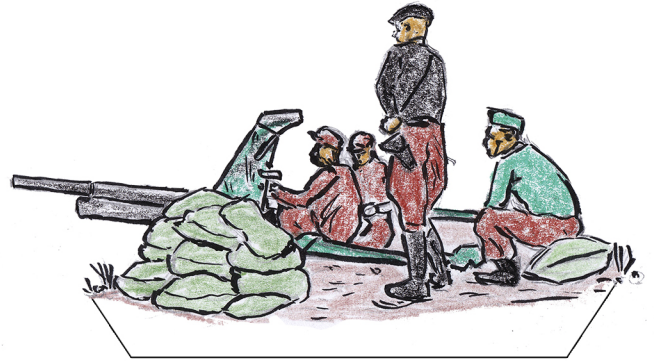
La efervescencia del espíritu revolucionario de los voluntarios internacionales se manifestaba en las decenas de imaginativos guiones con lemas propios de cada nacionalidad, las alusiones a héroes proletarios, los colores de banderas de los países de procedencia, los nombres de compañías y los batallones en homenaje a los caídos en defensa de los trabajadores, etcétera.

El soldado internacional prefería este tipo de enseñas a las tradicionales militares, ya que le recordaban aquel ideal por el que se estaba jugando la vida y se identificaban con sus compatriotas o correligionarios en ese afán revolucionario tras esos símbolos.

En cualquier caso, tanto sus variopintos uniformes como sus banderas quedarán en la memoria de nuestro país como las vestimentas de unos auténticos héroes, jóvenes venidos de todas las partes del mundo para defender la democracia, dispuestos a ofrecer su vida por un ideal de solidaridad internacional.



BRIGADAS INTERNACIONALES



BRIGADAS INTERNACIONALES

